El 11N paramos porque no queremos resignarnos a que vivir peor sea normal

Hay una conversación que se repite cada día en Madrid.

Está en los centros de trabajo, en los grupos de WhatsApp familiares, en los bares, en las reuniones con amigos y amigas. Da igual la edad o el barrio. La frase suele ser parecida:

"Con lo que gano, no me llega."

Y lo más preocupante es que ya no hablamos solo de personas con salarios bajos. Lo dicen trabajadores y trabajadoras que tienen empleo estable. Lo dicen familias que llevan toda la vida esforzándose. Lo dicen padres y madres que nunca habían pensado que vivirían con más incertidumbre de la que tuvieron sus propios padres.

Porque Madrid es una región que genera riqueza, talento y oportunidades. Pero también es una región donde cada vez más personas sienten que esa riqueza pasa por delante de ellas sin llegar a sus bolsillos.

La realidad es que todo cuesta más.

Cuesta más llenar la nevera. Cuesta más desplazarse al trabajo. Cuesta más pagar los suministros. Cuesta más conciliar. Cuesta más llegar a final de mes.

Y, sobre todo, cuesta más tener un hogar.

La vivienda se ha convertido en el gran problema de nuestra región. Miles de trabajadores y trabajadoras ven cómo una parte desproporcionada de su salario desaparece en el alquiler o en la hipoteca. Jóvenes que trabajan y que no pueden emanciparse. Parejas que retrasan proyectos de vida porque no encuentran una vivienda que puedan permitirse. Familias que se ven obligadas a abandonar los barrios donde han crecido porque simplemente ya no pueden pagar los precios.

Y entonces surge una pregunta inevitable:

¿De qué sirve pelear por una subida salarial si el precio de la vivienda se la lleva por delante a los pocos meses?

Esa es la realidad que viven muchas personas en Madrid. Cada avance laboral acaba chocando contra unos costes de vivienda que no dejan de crecer. Ningún sueldo puede soportar indefinidamente esta situación.

Y cuando acceder a una vivienda digna se convierte en una carrera de obstáculos para quienes trabajan todos los días, estamos ante un problema colectivo. Un problema que afecta al presente de miles de familias, pero también al futuro de nuestra sociedad.

Porque cuando hablamos de vivienda, hablamos también de nuestros hijos e hijas.

Hablamos de una generación que estudia, se forma, trabaja y, aun así, ve la emancipación como algo cada vez más lejano. Hablamos de jóvenes que sienten que tendrán más dificultades para construir una vida estable que las que tuvieron sus padres. Hablamos de madres y padres que observan con preocupación cómo el futuro que imaginaban para sus hijos parece más difícil de alcanzar.

Y eso debería hacernos reflexionar.

Porque una sociedad no avanza cuando sus jóvenes tienen que renunciar a independizarse. No avanza cuando formar una familia se convierte en una decisión económica imposible. No avanza cuando trabajar ya no garantiza la posibilidad de construir un proyecto de vida.

A esta situación se suma otro problema que afecta directamente a la vida de miles de personas: el bloqueo de los convenios colectivos.

Mientras el coste de la vida sube, muchos convenios siguen paralizados por una patronal que se resiste a alcanzar acuerdos que permitan mejorar salarios, jornadas, conciliación y condiciones laborales.

Pero detrás de cada convenio bloqueado no hay documentos ni mesas de negociación. Hay personas reales.

Hay una dependienta esperando una mejora salarial. Hay un trabajador del transporte esperando una reducción de jornada. Hay una limpiadora que necesita avances en conciliación. Hay miles de personas que ven cómo sus condiciones de vida siguen congeladas mientras todo lo demás sigue subiendo.

Por eso la huelga general del 11 de noviembre no va únicamente de trabajo.

Va de vivienda.

Va de salarios.

Va del coste de la vida.

Va de futuro.

Y va también de igualdad.

Porque cuando los precios se disparan y los derechos se estancan, no todos lo sufren por igual. Quienes viven exclusivamente de su salario son quienes soportan la mayor carga. Quienes tienen más dificultades para acceder a una vivienda son quienes ven limitada su libertad para decidir cómo quieren vivir.

Por eso hablamos de una cuestión de clase.

Porque afecta principalmente a la mayoría trabajadora.

Y por eso hablamos también de una cuestión de igualdad.

Porque no podemos aceptar que el futuro de una persona dependa cada vez más del dinero que tenga su familia, del barrio donde haya nacido o de si puede recibir ayuda para acceder a una vivienda.

Queremos una Comunidad de Madrid donde trabajar permita vivir con dignidad. Donde los convenios avancen. Donde acceder a una vivienda no sea una misión imposible. Y donde nuestros hijos e hijas puedan mirar al futuro con más esperanza que preocupación.

El próximo 11 de noviembre tenemos la oportunidad de decir que no nos resignamos.

No nos resignamos a que la vivienda sea un lujo.

No nos resignamos a que trabajar no sea suficiente.

No nos resignamos a que las nuevas generaciones vivan peor que las anteriores.

Porque Madrid merece más.

Y porque quien trabaja merece vivir, no sobrevivir.

El 11N hacemos huelga por nuestros salarios, por nuestras viviendas, por nuestros derechos y por el futuro de nuestros hijos e hijas. Porque esta lucha es una cuestión de clase, pero también una cuestión de igualdad. El 11N, yo voy.

Susana Huertas Moya

Secretaria General de UGT Madrid